

Maxim Wahl

HOTEL SAVOY

El periplo de una familia



Maxim Wahl

Hotel Savoy. El periplo de una familia

Saga Hotel Savoy 2

Traducción de María José Díez Pérez


ESPASA



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Das Savoy. Schicksal einer Familie*

© Maxim Wahl, 2021

© Aufbau Verlag GmbH & Co. KG, Berlín, 2020

(Publicado por Aufbau Taschenbuch; Aufbau Taschenbuch es una marca registrada de Aufbau Verlag GmbH & Co. KG)

© por la traducción, María José Díez Pérez, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Avinguda Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

Espasa Libros, S. L. U., 2021

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de la cubierta: © Ildiko Neer / Trevillion Images

Canciones del interior:

Pág 70: © «Pennies from heaven», *Pennies from heaven*, Arthur Johnston con letra de Johnny Burke, interpretada por Bing Crosby, 1936.

Págs. 70, 294, 295, 296, 299: © «The land of might have been», Ivor Novello y Edward Moore, 1924.

Pág. 75: © «Alt Heidelberg», *Alt Heidelberg*, Wilhelm Meyer-Förster, 1901.

Pág. 280: © «I can give you the starlight», *The Dancing Years*, Ivor Novello / Christopher Hassall, 1939.

Primera edición en Colección Booket: enero de 2022

Depósito legal: B. 19.068-2021

ISBN: 978-84-670-6479-7

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España



LONDRES, 1936



1

LA AMANTE

Media melena castaña, sonrisa radiante y vestido verde botella, así lucía Violet en la portada de la revista de sociedad que estaban leyendo muchos huéspedes en el vestíbulo. Violet encontraba a menudo su rostro en la prensa. Era una mujer de la que se hablaba. A diferencia de en la fotografía, ese día, mientras esperaba a su invitado, llevaba un traje marrón oscuro sencillo.

Aunque estaba rodeada de numerosas personas, Violet se sentía completamente sola en el gran vestíbulo del Savoy. A su alrededor brillaba el latón bruñado, y la luz del día espejeaba en el cristal tallado de la puerta batiente, a cuyos lados se alzaban unas columnas de mármol. Era la propietaria del hotel, dirigía el negocio y gozaba de reconocimiento en su gremio, era un ejemplo para las mujeres y objeto de admiración de los hombres, y aun así se sentía terriblemente sola. De haber visto cumplidos sus deseos, su círculo habría sido más afín a ella y se sentiría arropada en esa colectividad, en esa comunión con los demás. Pero ser la dueña del Savoy entrañaba una suerte muy distinta. El emblemático hotel próximo al Támesis la destinaba a vivir un día a día que por lo común copaban los hombres. Violet era una mujer joven, acababa de cumplir treinta años, y como tal

disfrutaba reuniéndose con mujeres de su edad, que nada tenían que ver con el hotel y sus obligaciones.

Saludó a la señorita Ayumi, su huésped japonesa, y la acompañó al Golden Pavillon, el comedor de mayor tamaño. Aún no habían empezado a servir el almuerzo. Cuando la puerta de dos hojas se cerró tras ellas en la amplia sala, tomaron asiento en una mesa próxima a la ventana.

La señorita Ayumi era una mujer extraordinariamente bella, llevaba el abundante cabello recogido en un moño sencillo. De día se dejaba ver con un maquillaje discreto, pero por la noche Violet la había visto con la tez pintada de blanco. Ese día Ayumi no irradiaba la atractiva inaccesibilidad por la que la admiraba Violet, se hallaba en un estado de estupor muy inquietante.

—¿Quiere que llame a la policía, señorita Ayumi? —preguntó Violet después de que la joven japonesa le contara lo que había sucedido.

—No servirá de nada —repuso la huésped con esa voz suya tan suave y que apenas dejaba traslucir nada de sus sentimientos.

—Ese hombre le hace cosas que en nuestro país se castigan severamente.

—El señor Fujiwara es mi *danna*, mi protector —explicó Ayumi—. Viajo a su lado por el mundo y le ofrezco mis servicios.

—Aunque fuese su esposo, el señor Fujiwara no debería exigirle semejantes... prácticas. A mi juicio... Disculpeme, pero no sé mucho al respecto. En realidad, no sé nada de su mundo.

Violet y la joven japonesa no eran amigas. El cargo de directora del hotel requería un trato circunspecto con los huéspedes. Sin embargo, ambas mujeres habían

llegado a conocerse un tanto, ya que el señor Fujiwara, un hombre de negocios japonés, llevaba un mes hospedado en el Savoy.

La directora había entendido lo más importante: una geisha no era una prostituta. Suponer tal cosa habría sido una gran ofensa. Una geisha era vista como la guardiana de las artes tradicionales japonesas, actuaba en fiestas y cenas importantes y entretenía a los asistentes con música, baile y conversación culta. Los costes de los servicios que prestaba dependían de lo que se prolongara su jornada laboral y estaban determinados por el número de varitas de incienso consumidas. Algunas geishas tenían un *danna*, que costeaba una parte de los gastos que entrañaba su nivel de vida. Para los japoneses acomodados ser el protector de una geisha era un símbolo de estatus.

Cuando le dio un sorbo al té, a Ayumi se le subió la manga del kimono. Se la bajó deprisa para que le cubriese la muñeca, pero Violet ya había reparado en los hematomas y la hinchazón del brazo. Ayumi tan sólo había hecho una ligera alusión a las prácticas a las que Fujiwara la sometía, pero había bastado para que a Violet la asaltara una ira que de un tiempo a esa parte la invadía cada vez con más frecuencia. Y eso que su ira era una paradoja. Violet se tomaba hasta la injusticia más mínima cometida contra las mujeres como la confirmación de la indigna posición en la que seguían encontrándose en el siglo xx. Por otra parte, sin embargo, ella constituía la prueba de que la hegemonía del hombre ya no era absoluta. Había vivido sus primeros treinta años convencida de que los hombres eran de Marte y las mujeres de Venus, y de que, no obstante, sus desavenencias eran un choque creativo del que se benefi-

ciaban ambas partes. Su visión de la vida no había cambiado hasta que se había visto obligada a suceder a su famoso abuelo y asumir la dirección del que quizá fuese el hotel más bello de Londres. Violet se había convertido en el símbolo del Savoy, una certeza que se cernía sobre ella como una sombra que la seguía a cada paso que daba.

Antes de que Ayumi pudiera contestar, en el Golden Pavillon se armó un alboroto que, aunque para Violet era normal, para la joven japonesa resultó algo inesperado. Arturo Benedetti, director de la orquesta del hotel, subió a la tarima para ensayar con sus cuarenta músicos. El maestro aprovechaba las mañanas para practicar el programa con el que amenizarían la cena a los huéspedes.

—*La mia direttrice!* —exclamó Benedetti al ver a Violet en medio de la sala vacía—. Confío en que no la molestemos.

—Al contrario, Arturo, lleve a cabo usted su ensayo, si nuestra presencia no le supone una molestia —repuso Violet con una sonrisa.

Con la elegancia propia de los florentinos, Benedetti hizo una reverencia y dio la entrada a los músicos. A continuación, empezó a sonar una briosa melodía de la *Cavalleria rusticana*, que supuso un contrapunto con respecto a la seriedad del tema del que hablaban Violet y la joven japonesa.

—Deje usted a ese hombre, Ayumi. No existe justificación alguna que baste para disculpar el comportamiento del señor Fujiwara.

—El señor Fujiwara es un hombre inteligente, íntegro, gracias a él he viajado por medio mundo y vivido muchas cosas hermosas.

Ambas mujeres habían subido un poco la voz para hacerse oír entre las joviales notas de la orquesta.

—Si le exige esas cosas, es un hombre enfermo —objetó Violet—. ¿Atarle el torso a las piernas para que no se pueda mover usted y después pisotearla?

—Es una técnica amatoria que se empleaba en el antiguo Japón, una forma de sumisión que...

—Cielo santo, pare usted, Ayumi. Ya hemos hablado de esa clase de hombres que sólo son capaces de superar el miedo que les inspiran las mujeres castigándolas por ser valiosas, bellas y atractivas. Lo que hacen no tiene nada que ver con el amor.

Las últimas palabras de Violet sonaron altas y estridentes en el silencio de la sala. Benedetti había interrumpido la pieza musical.

—No, señores míos, aquí está escrito «re bemol» —corrigió a los músicos de viento madera—, y lo que estoy oyendo es un re. —Levantó la batuta—. Número siete, sólo la madera.

Una sonrisa triste afloró al rostro de Ayumi.

—En nuestro país existen diferencias entre el hombre y la mujer que en el mundo occidental se desconocen por completo. Lo *onnarashii*, lo femenino, abarca todo nuestro comportamiento, incluso nuestra forma de hablar. Las mujeres japonesas hablan intencionadamente con una voz más aguda. Emplean a menudo fórmulas de cortesía, *onna kotoba*, es decir, palabras que utilizan las mujeres. Lo *otokorashii*, lo masculino, descansa sobre una tradición distinta. Y puesto que yo estoy familiarizada con esa tradición, sé que el señor Fujiwara me ama y venera de un modo muy especial.

—No hay nada que pueda justificar el comportamiento del señor Fujiwara —repuso Violet, acallando

los sonidos de los instrumentos de viento madera—. Se excita con la sumisión de usted. Deje a un lado el círculo cultural al que usted pertenece, deje a un lado el hecho de que los hombres lleven siglos haciendo esas cosas, no consienta que él se las siga haciendo. Está usted en Londres, Ayumi, estamos en 1936. Lo que le exige el señor Fujiwara es propio de la Edad Media. Póngale freno antes de que sea demasiado tarde, antes de que acabe haciéndole daño de verdad.

—¡Re bemol, re bemol, re bemol, *maledetto*! —interrumpió de nuevo a los músicos Benedetti—. Ahora sólo los clarinetes.

—Usted me contó lo que significa su nombre, Ayumi —prosiguió Violet.

La joven japonesa observó a la mujer que tenía enfrente.

—*Ayumi* significa «La que se forja su propio camino».

Como si eso lo dijese todo, Violet levantó los brazos.

—Fórjeselo, Ayumi, escoja su camino. Ponga fin a esas prácticas enfermizas.

La japonesa bajó la vista y se paró a pensar.

—De acuerdo —dijo al cabo—. Tiene usted razón, Violet. Lo haré. Pero a la manera tradicional.

Como si esa respuesta también acabase con la discordancia en la orquesta, los músicos entonaron una melodía radiante, en la que se expresaban la esperanza, la partida y la dicha del amor. Esas notas hicieron que Violet recordase unos sucesos que, pese a su juventud, daba la impresión de que habían ocurrido hacía una eternidad.

Poco después se abrió la puerta de doble hoja del Golden Pavillon y trescientas personas hambrientas se

dirigieron hacia las mesas guarnecidas con arreglos florales, valiosa porcelana y cubiertos de plata.

Cuando salía del comedor junto a Ayumi, Violet reparó en un huésped habitual que se había ganado su corazón desde hacía años. Emil Lilienthal, propietario de un salón de moda en Viena, se alojaba en el Savoy dos veces al año. En ese preciso instante conversaba con Judy Wilder, que en términos de parentesco era algo parecido a la tía de Violet, y en el hotel, su mano derecha. Judy llevaba un traje azul con un exquisito ribete de piel que iba desde el cuello hasta la cintura. La falda resaltaba su figura y el tacón de sus zapatos era de una altura impresionante. Lilienthal aprovechó la ocasión para acercarse a Violet y besarle la mano. Ella intercambió unas palabras con el vienés y saludó con la mano a Judy.

—¿Nos vemos después en tu despacho?

—De acuerdo —contestó Judy, que dejó que el señor Lilienthal la acompañase al espacio que estaba reservado a la dirección del establecimiento.

Tras despedirse de la señorita Ayumi para retomar sus obligaciones, Violet pensó en lo mucho que se alegraba de que Judy la ayudase con el difícil cometido de guiar el hotel por aquel presente tan incierto. Aunque se veían a diario, a Violet siempre le llamaba la atención lo mucho que había cambiado aquella mujer menuda a lo largo de los últimos años. Antes se decía que Judy tenía un aspecto «fresco y natural», aunque con ello aludía en realidad a lo poco que se preocupaba por su apariencia; siempre llevaba el cabello recogido en un moño. Ahora, en cambio, monsieur Patrice acudía dos veces por semana a peinarla. Antes solía mantenerse en un discreto segundo plano, como esposa abnegada, pero esa imagen

también había sufrido una transformación radical. Ahora era a Henry, hijo de sir Laurence, a quien apenas se veía en público. Judy, en cambio, ayudaba a Violet en todo lo que podía. Se ocupaba de los pedidos, los suministros y la liquidación, mientras que Violet había asumido todas las labores de representación, mediaba en los conflictos y determinaba la línea a seguir en la casa.

Antes Violet temía que más tarde o más temprano se entablara una pelea por la sucesión en el Savoy, una guerra en la que Henry, único hijo del patriarca, reclamara sus derechos legítimos. Henry habría podido argüir que, aun siendo la preferida de su abuelo, Violet no era más que su nieta. Sin embargo, y para su sorpresa, Henry y Judy no se habían enfrentado a ella, sino que se habían adaptado a las nuevas circunstancias. Y en esa situación todos salían ganando.

Violet volvió la cabeza una última vez: Judy y el señor Lilienthal se sentaban y abrían sus respectivas cartas.

—Garmisch fue una maravilla. —Lilienthal sacó las gafas del estuche—. Se puede decir lo que se quiera en contra de la situación actual, pero hay que reconocer que a los alemanes se les da bien la organización. Los Juegos de Invierno salieron a pedir de boca. Mi esposa y yo fuimos a esquiar a Kufstein y visitamos varias veces el lugar donde se celebraron las pruebas. Yo tomaré el cordero —dijo al camarero que se les acercó a tomar la comanda—. Y una botella de borgoña, Grand Cru, si tienen. Me acompañará usted, señora Wilder, ¿no?

—Tomaré una copita encantada —contestó Judy, y añadió para el camarero—: Para mí lo de siempre.

—No se imagina el júbilo que se vivió —continuó Lilienthal— cuando los atletas entraron en el estadio olímpico y, como si fuesen uno, alzaron el brazo derecho a modo de saludo. Una imagen ciertamente magnífica, debo decir, de lo más edificante.

—Señor Lilienthal, no lo entiendo. —Retrepada en su asiento, Judy se había llevado la mano a la frente como si tuviera que protegerse del sol—. No hace mucho, cuando Henry y yo estuvimos en Berlín, el antisemitismo salió a nuestro encuentro en cada esquina. «PROHIBIDA LA ENTRADA A LOS JUDÍOS» fue el letrero que más vimos.

—Pues en Garmisch no vi ni uno solo.

—Naturalmente que no, porque los alemanes los quitaron. Temían que el resto del mundo boicoteara sus Juegos de Verano.

El camarero abrió el Grand Cru y se lo ofreció a Lilienthal para que lo probara.

—No estoy ciego ni soy un ingenuo, mi querida señora Wilder. Es evidente que la situación en Alemania es complicada, pero, en primer lugar, soy un hombre de negocios y, en segundo lugar, judío. Un hombre de negocios ha de saber reconocer los signos de los tiempos y a la vez leer entre líneas. Los Juegos Olímpicos fueron concedidos al Reich en 1931, cuando el señor Hitler aún pronunciaba discursos electorales en cervecerías. La organización de las Olimpiadas se encomendó al presidente Hindenburg. Además, en el estadio los atletas no levantaron el brazo para hacer el saludo hitleriano, sino el saludo olímpico, el romano, que es muy similar. Como puede ver, cuando las cosas se ven desde la perspectiva correcta, la imagen que se obtiene no es tan chocante y exagerada como le gusta pintar a la pro-

paganda antialemmana. —Con aire pensativo, como si no se creyera del todo sus palabras, Lilienthal bajó la vista a su copa; al final brindó con Judy—. Por desgracia, el Reino Unido no volvió a casa con muchas medallas. Una de oro y una de plata, si no conté mal.

—A los británicos se nos da bien el deporte de hierba —repuso, risueña, Judy—. Retozar en el hielo y la nieve se lo dejamos a los teutones.

Bebió un sorbito de vino y dejó la copa en la mesa. «Pobre diablo —pensó—, intentas ver lo que hay de bueno en el resurgimiento alemán. Crees que si te adaptas a las circunstancias en tu pequeña Austria saldrás indemne de los cambios que se van a operar en el mundo. —Escudriñó el rostro amable, aunque un tanto apenado, del vienés—. Israelita digno de lástima, que te engañas a ti mismo, ¿cuándo te darás cuenta de que para vosotros ya no crece la hierba, no cantan los pájaros, de que vuestro futuro se acabó hace tiempo?»

—¿Qué la llevó a Berlín? —Lilienthal hizo un esfuerzo para retomar el tono jovial.

—Negocios, principalmente.

—Sin embargo en Berlín uno también debería tomarse tiempo para otras cosas. Es una ciudad magnífica —aseguró mientras le servían el cordero.

—Quedamos con amigos. —La mano de Judy se deslizó por el ribete de piel del traje—. Con viejos amigos, muy queridos.

—Ah, tiene un aspecto excelente.

Lilienthal se acomodó la servilleta en el chaleco y dio el primer bocado.